

Oriente Medio: consideraciones generales

Índice

1-Delimitación geográfica

2-Marco civilizacional

3-Cuestión política

4-Conflictos

5-Internacionalización

Exploramos el concepto y sus implicaciones en 5 coordenadas.

1-Delimitación geográfica

La primera complejidad con que nos encontramos al explorar la cuestión de Oriente Medio atañe a la geografía. ¿Cuáles son los límites territoriales de lo que se conoce por Oriente Medio?

Existen diversos enfoques posibles, basados en criterios que satisfacen algunas lógicas pero desafían otras. Así por ejemplo, si optamos por un criterio histórico, nos veríamos tentados a demarcar el terreno a batir a partir de los estados surgidos de la descomposición del Imperio Otomano. Pero en seguida, sin embargo, tendríamos que hacer excepciones, porque ni los países surgidos de los antiguos dominios otomanos balcánicos o eslavos ni los de Asia Central pasarían por ser parte de Oriente Medio. Problemático sería asimismo optar por un criterio de religioso, marcado por la presencia predominante, a veces incluso exclusiva, del Islam. Si optáramos por un criterio lingüístico o cultural - la extensión y uso de la lengua árabe, principalmente-, solo o combinado con el criterio de la etnicidad árabe, desconoceríamos dos elementos importantes en la configuración de Oriente Medio: el turco y el persa, además de otros elementos minoritarios. Políticamente, no interesa a Turquía, empeñada en una aventura europea probablemente condenada al fracaso, considerarse parte de Oriente Medio, pero es un actor en la región en la realidad. Si restringimos

el concepto al conflicto básico palestino-israelí y su entorno inmediato, formado por los vecinos de ambos, eliminaríamos la península arábiga e Irak, además del Magreb. Para complicar aún más la cuestión, la llamada "guerra contra el terrorismo" ha puesto de moda un concepto denominado "amplio" de Oriente Medio (*Wider o broader Middle East*) que abarcaría prácticamente del Norte de África al Sudeste de Asia, una delimitación geográfica posible, aunque probablemente exagerada y basada más en el concepto de la amenaza de la "marea verde" que de la realidad...

Quizá lo más realista, teniendo en cuenta las dificultades, sería proceder a una delimitación por círculos. El círculo principal sería el constituido por la triplemente sagrada Jerusalén y sus territorios adyacentes y vecinos, Palestina, Jordania, Egipto, Líbano y Siria, sin olvidar, claro está a Israel. El segundo círculo estaría formado por Arabia Saudita, Irak, Irán. Aún existiría un tercer círculo, en el que entrarían los emiratos, Yemen, los países del Magreb y Turquía -a su pesar-, Afganistán -más por los sucesivos conflictos y sus derivaciones en Oriente Medio que por ser parte del mismo, y Pakistán, los restos del antiguo imperio islámico en la gran India. Yendo más allá, se podría contar con un círculo exterior a esos tres, cuya influencia, por la vía del conflicto, colonización o sistema de intereses/alianzas/divergencias/injerencias, se percibe en los tres círculos de una forma creciente y mayoritariamente negativa. Ese círculo exterior es lo que por comodidad de referencia podríamos denominar, pesar de la inexactitud y generalización que implica el término, "Occidente".

2-Marco civilizacional

Oriente Medio, en su sentido más restringido (primer círculo) o más amplio (segundo y tercero), surge de y a la vez conforma un marco de civilización, como toda civilización trenzado a partir de elementos variados y complejos (religión, historia, geografía, clima). Ciertos de estos elementos merecen

destacarse, como elementos propios de la configuración de la civilización medio-oriental.

En primer lugar, conviene tener presente que Oriente Medio es la región donde nació el monoteísmo. Ello es así tanto literalmente, si consideramos a Abrahán como su creador, como si nos centramos en el origen de las tres grandes religiones monoteístas, aunque es obvio que en menor o mayor parte -según cada cual- hubo un posterior desarrollo de las mismas en territorio occidental, pero el lugar de nacimiento es innegable, asimismo lo ha habido en territorio de Oriente Medio hasta la actualidad. El nacimiento del monoteísmo está asociado a características clave de la persona, como son su individualidad, su libertad de opción y su transcendencia. Está ligado además a una característica importante desde el punto de vista de la organización cultural, social y política: la resistencia e incluso el rechazo a la secularización, que han sido mucho más profundos y duraderos en Oriente Medio que en la civilización occidental. En Oriente Medio, el proceso de secularización es incompleto y, en cierta manera, regresivo en vez de progresivo. La influencia del factor religioso ha permeado la sociedad de una forma más plena y, en el siglo XXI, continúa siendo un factor esencial que no se puede evitar.¹

En segundo lugar, la ideología predominante en la región es conservadora, entendiéndose el conservadurismo no necesariamente en el sentido en que se interpreta en la vida política europea en la actualidad, sino en un sentido más prístino y amplio. Las sociedades de Oriente Medio, ni siquiera en su época de esplendor histórico, han dejado de ser sociedades agrarias o pastorales y mercantiles, pre-capitalistas. El tránsito a la fase de capitalismo no se ha dado hasta tiempos muy recientes, en términos históricos, y ello de una forma irregular y, en cierto modo, heterodoxa. No ha habido tradicionalmente acumulación de capital o desarrollo industrial y, aunque en el esplendor medieval el desarrollo científico de la región de Oriente Medio era superior al

¹ A diferencia de Occidente aunque hay matices entre, por ejemplo, las sociedades europeas y la estadounidense.

del occidente contemporáneo, aquélla no ha participado prácticamente en absoluto en la revolución tecnológica y de la información. En este sentido, las sociedades no han pasado por una fase revolucionaria-industrial, financiera o tecnológica- y el cambio ha sido lento, de hecho aún estamos asistiendo a ese proceso, e inacabado. El conservadurismo no se deriva o explica sólo por factores económicos o productivos, sino también culturales e ideológicos: una concepción del tiempo circular - pre-islámica por cierto-, la falta de un espíritu antropocentrista como el que surgió en Occidente con el Renacimiento e inició la imparable secularización, el cierre -al menos en la corriente mayoritaria del islam- de periodo de apertura y debate al declararse cerradas las puertas de la interpretación², la existencia de lo que en terminología moderna llamaríamos "mallas o redes de seguridad sociales", derivadas de la religión y que evitaban las situaciones de pobreza y privación extremas, el conformismo en todos los órdenes de una sociedad segura de sí misma en la fase de ascenso y consolidación y ensimismada en la de declive, el caldo de cultivo unificador -y reconfortante individual y colectivamente- de una religión, una lengua y un espacio, todos ellos no férreos ni estrictos, compartidos³...Y la lista no es exhaustiva. En suma, las sociedades de Oriente Medio han sido durante siglos arcaizantes y no modernas *per se*, conservadoras y no progresivas.

En tercer lugar, un aspecto esencial del marco ideológico de Oriente Medio es el declive y las actitudes que genera éste. Es fácil argüir que todo imperio conoce un apogeo y un declive. La cuestión estriba en cómo se asimila, interpreta y gestiona ese declive. En el caso de Oriente Medio la digestión del declive ha sido y es problemática, cuando no se ha tratado de una indigestión. El declive ha sido diferente. El núcleo básico de la diferencia radica en su duración y en su incompreensión. Duración extrema, si se tiene en cuenta el largo periodo histórico transcurrido entre los primeros signos de alarma, en el siglo XVII, y la descomposición final del imperio otomano, al finalizar la Primera Guerra Mundial. Nominalmente, existió un califato hasta que Atatürk lo abolió en 1924.

² Ijtihad, en árabe, en el siglo XV ya en la época otomana.

³ La idea del islam como "pegamento", en Hourani., "A history of the Arabs".

Pero ni esa fecha simbólica pone fin al declive, puesto que amplios sectores de la sociedad se consideran aún en ese declive aparentemente imparable e irreversible. Es un declive que, además, está unido indisolublemente a una crisis identitaria: el islam, religión mayoritaria en Oriente Medio, es un elemento constitutivo de la personalidad y de la sociedad. El declive equivale, así, entre otras cosas, a una pérdida de la identidad. La incomprensión deriva de la motivación, fundamentación y estructura religiosas del imperio: el declive no es sólo interpretado como algo material, sino como algo profundamente espiritual, es un fracaso interpretado en términos religiosos sobre todo, aunque de forma escindida, de ahí que hasta nuestros días la respuesta al declive oscile entre los que desean volver a las raíces y los que rechazan totalmente esas raíces. En cualquier caso, el declive no está racionalizado, ni analizado, ni asimilado de una forma convincente, ni existe un consenso, ni siquiera un atisbo de consenso social sobre el mismo.

En cuarto lugar, la reforma o si se prefiere la modernización está pendiente, en gran parte. Ello no obsta para que hayan existido y existan intentos e incluso experimentos modernizadores con mayor o menor éxito. La aceleración de la historia que ha tenido lugar en el siglo XX ha llegado también a Oriente Medio. Reformistas o modernizadores, en el terreno religioso y en el político, económico y social han existido y existen. Pero la modernización, la reforma, el cambio en suma no se ha producido de una forma generalizada y sus beneficios teóricos no se han traducido en una práctica de la que la mayoría de la población de Oriente Medio se haya hecho partícipe, se la haya apropiado. De hecho, a causa de la colonización y de ciertas políticas post-coloniales que se extienden hasta nuestros días, y del establecimiento del Estado de Israel, la modernización no se ha percibido en Oriente Medio de manera general, como sí se ha hecho en el mundo occidental, como un ejercicio beneficioso de progreso, sino más bien como un proceso negativo de imposición, injerencia e incluso violación.

3-Cuestión política

La frustración de la modernización se traduce en términos políticos. Prácticamente ninguno de los estados-naciones surgidos de la descomposición del imperio otomano se puede calificar como democrático. Si aplicamos los baremos de los estados-naciones de Occidente, la distancia es infinita.

Para empezar, el concepto mismo de estado-nación, que es un producto de la Edad Moderna, experimentado por primera vez en países como España o Inglaterra, es una novedad histórica en Oriente Medio, donde sólo algunos territorios, como Irán o Egipto, han tenido tradicionalmente una cierta conciencia de nacionalidad diferenciada. La mayoría, en cambio, ha sido parte de una unidad, aunque fuera simbólica, y ha vivido la experiencia histórica de poderes locales, no constitutivos de una nacionalidad en el sentido europeo. Algunos, incluso, son el resultado directo de un designio colonial y post-colonial. A pesar de ello en general, los nuevos estados-naciones de Oriente Medio se han más o menos consolidado, aunque existan "estados fallidos", el más notorio en estos momentos Irak, pero también Afganistán o Somalia. El nacionalismo pervive como ideología y como vehículo de integración política, tanto en el mundo árabe, como en el turco y el persa. En el mundo árabe incluso se han dado corrientes pan-arabistas, que, tras un auge en los años 60, han resultado impracticables. Pero el nacionalismo pervive en las naciones individuales.

Paradójicamente, el nacionalismo, siendo por vocación un movimiento secularizante, posee un elemento religioso, pues parece muy difícil definir cualquier nacionalidad en Oriente Medio sin contar con el factor religioso. De hecho, el nacionalismo independentista es la raíz de la expulsión de las comunidades judías de países de Oriente Medio en donde tradicionalmente habían vivido con mucha mayor tolerancia y libertad que en los países occidentales⁴, lo que muestra que hay una conexión entre nacionalismo y

⁴ Bagdad era la ciudad con mayúscula para las comunidades judías en Oriente Medio al empezar la primera guerra mundial.

exclusivismo religioso, independiente de, aunque quizá exacerbada por, la existencia del Estado de Israel.

Pero además los propios movimientos nacionalistas en el mundo árabe, desde el propio naserismo hasta el FMLN, han jugado la carta del islam y protegido/alentado/manipulado el islam político, probablemente en un intento de apropiárselo. En cualquier caso, el resultado es que lo han fomentado.

El islam político constituye el otro gran polo ideológico de atracción y estructuración política en Oriente Medio, aunque la traducción práctica en términos de ejercicio de poder haya sido hasta ahora escasa. Sólo en Irán, tras la revolución de 1979; en lo que piadosamente -y con mucho optimismo- podríamos llamar Palestina parcialmente (porque hay "cohabitación" Hamas-Fatah); y limitadamente en otros países⁵. En la mayoría de los países, el islam político está prohibido (FIS), tolerado bajo otro nombre o bajo la bandera "independiente" (los Hermanos Musulmanes en Egipto), perseguido (Siria, Túnez), consentido tímidamente pero tutelado (Marruecos) y, en fin, alejado del poder. De hecho, como está constatado suficientemente, el origen de la guerra civil argelina se encuentra en la suspensión de un proceso electoral que había tomado un rumbo inquietante: la victoria democrática de un movimiento islámico.

Ni el nacionalismo ni el islam político son movimientos o ideologías monolíticas, pero eso también pasa en Occidente: no todos los conservadores ni todos los socialistas son iguales, dentro de un mismo partido en un mismo país hay muchos matices. En Oriente Medio nunca existirá probablemente una democracia liberal a la occidental y las ideologías oscilarán entre nacionalistas, secularizadores y partidos religiosos y no sobre los modelos partidistas europeos o estadounidenses. ¿Por qué no han de existir matices, corrientes, moderados y extremistas en la vida política de Oriente Medio? No hay nada

⁵ En Líbano cuando Hezbola formaba parte del gobierno, en Argelia con los nominalmente moderados...

negativo en ello. Lo negativo es que no hay libertad en casi ningún país y sin ese espacio de libertad, no hay desarrollo democrático posible. La teoría de que la democracia consiste en “un hombre, un voto” o, como gustan de decir los neoconservadores “un hombre, una mujer, un voto”, no es cierta incluso en el modelo occidental, pues es una consideración necesaria pero no suficiente, sin embargo, es menos cierta y más insuficiente aún cuando se aplica a Oriente Medio. El trabajo previo al momento del voto, que por cierto en Occidente ha tomado -si partimos de la constitución del moderno estado-nación, por no ir más atrás- prácticamente 400 años, es tan importante como el voto mismo.

Ese trabajo previo consiste, entre otras cosas, en un consenso sobre la legitimidad del poder y la existencia de una sociedad civil funcional.

La legitimidad es una cuestión que en Oriente Medio ha estado vinculada al islam. El califa, sultán o sultán-califa, según las diversas coyunturas imperiales, aseguraba esa legitimidad aunque se equivocase, fuese impopular o, en los últimos tiempos, fuera un mero –y maltrecho- símbolo. A pesar de que su elección no fuera democrática -en términos actuales- tampoco era automática al menos en teoría, pues había controversia sobre las designaciones, cuando no lucha abierta (el origen de la shia) e incluso en la época otomana la jefatura era hereditaria pero dentro de la familia de Osman, no por la vía de la primogenitura; en suma, había una apariencia de designación del mejor, el más capaz, aunque en la práctica no fuese así.

En el islam sunnita, además, existía una concepción pragmática del poder: el poder es lo que funcionaba; si no funcionaba, había una sustitución -generalmente violenta- del poder y la vida continuaba tras la “ligera” perturbación. Algún teórico de la política islámica llegó a afirmar que lo importante no es cómo se alcanza el poder sino cómo se ejerce.⁶ Sobre el ejercicio del poder, existía un amplio consenso en torno a la noción de que la revuelta estaba justificada contra aquel gobernante que claramente infringiese

⁶ Ibn Tamiyya.

o fuera contra la ley de Dios y las órdenes del Profeta. En la práctica, la cuestión estaba matizada por el horror general al caos y la anarquía, hasta el punto de considerarse que era mejor sufrir a un tirano que caer en el desorden. Por otro lado, tampoco estaba claro que el estamento llamado a juzgar la justicia o injusticia en el gobierno –los ulama- fuera realmente independiente.

Aunque el islam chiita ha sido tradicionalmente más rebelde, en cuanto marcado por su condición minoritaria, opositora, bastante victimista y hasta cierto punto perseguida, la doctrina de los “doce” (imames, con el imam oculto) constituyó un imamato más fuerte que los ulema y más independiente en cuanto que aborrecía el poder político.⁷

Con todo, existía un consenso en la sociedad sobre la legitimidad del poder, reconocido incluso por aquellos que lo contestaban, se rebelaban o gobernaban de forma cuasi-independiente (los mamelucos o Mohammed Ali en Egipto o los beys de Argel). Esa legitimidad se rompió a raíz de la colonización y del establecimiento subsiguiente de los estados-naciones. Desde entonces hasta ahora la legitimación del gobernante se ha intentado encontrar en el ejercicio del poder eficaz y en diversas causas (como la del pan-arabismo, la oposición al Estado de Israel, la modernización). Ineficaz el poder y derrotadas las causas, la legitimidad ha vuelto a la fuente prístina: el islam. Pero con dos diferencias entre el antes y el ahora: que no hay consenso generalizado sobre ese retorno y que, incluso entre los que quieren retornar, no está claro a qué exactamente se retorna, pues se ha mitificado la época de Medina (bajo el Profeta) y de sus primeros sucesores (los califas “rectos o bien guiados”) pero ese mito hay que traducirlo al *logos* del siglo XX o XXI y la traducción no es precisamente fácil o incontrovertida.

También en Occidente se dio en su momento una crisis de la legitimidad, coincidiendo con el inicio de la secularización y, repito, Occidente no ha

⁷ De hecho, quien en última instancia suprimió la barrera entre poder temporal e imamato fue Jomeini, cuya doctrina política es, por paradójico que parezca, “heterodoxa” desde el punto de vista de la shia tradicional.

encontrado su camino a la democracia sino después de guerras, sangre y lágrimas. En último término, la legitimidad actual de las entidades políticas occidentales está en la democracia, pero eso no es tan simple. Hay una serie de valores (imperio de la ley, derechos humanos, libertades públicas, etcétera) detrás de la democracia que sustentan su legitimidad más allá del gobierno de la mayoría. Esos valores no están interiorizados ni asimilados en Oriente Medio como tales, ni siquiera están admitidos sin discusión. La cuestión de si esos valores son o no universales es, en mi opinión, una polémica más bien baldía: lo sean o no, la cuestión práctica es si las sociedades de Oriente Medio están o no dispuestas a aceptarlos como tales. A día de hoy, me parece que la respuesta no puede ser enteramente afirmativa. Lo que también está claro es que los valores no se pueden imponer ni mucho menos por la fuerza de las armas, como se está viendo.

Históricamente, ha existido en Oriente Medio una sociedad civil paralela a la europea a lo largo de su historia: ha habido gremios, estamento religioso, asociaciones caritativas, intelectuales y poderes fácticos. El problema de la sociedad civil es reciente, en realidad. Podría argüirse que el salto cualitativo occidental en los siglos XIX y sobre todo XX es lo que ha faltado en Oriente Medio. Un caso claro es el de la emancipación de la mujer. Tradiciones sexistas aparte, pre-religiosas en su mayoría, el islam en principio tuvo un efecto liberador -desde el punto de vista legislativo, por ejemplo- y no opresor sobre la mujer. Sin embargo, ese efecto no se sostuvo y prácticamente se perdió con el paso del tiempo y el peso de las tradiciones. Llegados al mundo contemporáneo, los movimientos de las sufragistas o los más posteriores de "liberación" de las mujeres en las sociedades occidentales no tienen paralelo apenas en las sociedades de Oriente Medio. El resultado es una diferenciación enorme entre unas y otras en nuestros días.

En esencia, el problema político clave de Oriente Medio es la falta de libertad. El problema está identificado y está identificado, además, por los propios ciudadanos de esas sociedades. Un ejemplo es el Informe sobre el desarrollo

Humano en el mundo árabe, que desde 2002, se publica bajo los auspicios del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Este es un Informe redactado por árabes en el que ya desde el principio (informe de 2002) se identificaron tres cuestiones clave: la educación, el papel de la mujer y la falta de libertad. Los informes sucesivos se consagran a estos tres aspectos⁸. La identificación de los problemas y la insistencia en la urgencia de resolverlos son positivas; falta que esas mismas sociedades tomen los problemas en sus manos, se “apropien” de ellos y surjan las soluciones. Pero no deja de ser el dilema del huevo y la gallina. ¿Qué viene antes?

Un asunto importante es el tiempo, la temporalidad. La transformación, cambio, modernización, que le estamos pidiendo a las sociedades de Oriente Medio, se debe producir necesariamente en un lapso de tiempo mucho más breve que el que se concedieron las sociedades occidentales y en un contexto diferente de aceleración histórica en una globalización sin precedentes. Este es un aspecto nuevo e importante. La paciencia no parece ser una virtud especialmente exaltada en nuestros días. Sin embargo, la complejidad de la reforma es tal que, desde el realismo, no cabe esperar se produzca en esta generación. Lamentablemente, acontecimientos como el fracaso del proceso de paz entre israelíes y palestinos o la invasión y posterior casi-guerra civil en Irak han coadyuvado a empujar las soluciones años, sino décadas en el tiempo.

4) Conflictos

El conflicto se ha convertido en un elemento omnipresente en Oriente Medio, incluso, trágicamente, en un elemento casi definitorio de la región. Históricamente han existido conflictos en la zona, pero dichos conflictos -cruzadas, lucha por la hegemonía en el Mediterráneo, invasiones-, no pasaban de ser episodios, algunos trascendentales, pero episodios al fin. Sin embargo,

⁸ El de 2003 se titula “Construyendo una sociedad de conocimiento”, el de 2004 “Hacia la libertad en el mundo árabe” y el de 2005 “Hacia el ascenso de las mujeres en el mundo árabe”.

desde el fin del imperio otomano, el conflicto se ha multiplicado y hasta cierto punto se ha convertido en una constante en la zona.

La fuente principal de conflicto en la región es el establecimiento del Estado de Israel con el proceso de desposesión y expulsión de los habitantes árabes de Palestina, las posteriores guerras árabe-israelíes, las dos intifadas palestinas e incluso el enfrentamiento civil entre partidos palestinos; ésta es la fuente primordial del conflicto, porque atañe al núcleo mismo de la región, a su primer círculo, alcanza dimensiones religiosas, implica a la ciudad triplemente sacra, posee la fuerza de movilizar a todos los demás círculos y pone al desnudo alguna de las contradicciones de Occidente; salpica, además, a los vecinos, como pasó el verano pasado con El Líbano, (aunque las guerras civiles en este país tengan otras fuentes, a su vez).

Existen, asimismo, otras fuentes muy importantes de conflicto:

-la descolonización, en algunos casos (el más claro y sangriento, el de Argelia, pero asimismo Afganistán tras la ocupación soviética), y las situaciones post-coloniales (la formación de Irak, por ejemplo; hasta cierto punto, también El Líbano e incluso Jordania, el irredentismo de los vecinos más grandes sobre los pequeños);

-el irredentismo y el aventurismo del régimen de Saddam, que ha dado lugar a tres guerras, la Irán-Irak y las dos llamadas del Golfo;

-el sesgo violento tomado por algunos disidentes del régimen saudí a raíz del establecimiento de tropas de EEUU en territorio considerado sagrado, origen de la disidencia que acabó fraguando Al Qaida;

-la batalla ideológica y a veces física entre secularizadores y partidos religiosos, que empezó quizá con el advenimiento de la casa de Ibn Saud con su puritanismo wahabbita en Arabia por eso llamada saudí, culminada en el

establecimiento de la República islámica en Irán, pero también en la guerra sucia argelina y en el desafío generalizado lanzado al poder establecido desde el islam político y desde la lucha armada y el terrorismo;

-un tema económico esencial para la economía globalizada: el suministro de energía, que explica, por ejemplo, la alianza, bastante poco natural desde otro punto de vista, de EEUU con Arabia Saudí;

-la proliferación nuclear y de otras armas de destrucción masiva, un fenómeno que viene de un cierto tiempo atrás, pero que se ha puesto de actualidad con la cuestión nuclear iraní;

-el enfrentamiento entre la corriente mayoritaria del islam (sunna) y la minoritaria (shia). No es nuevo, pero llevaba muchos siglos de postergación, en medio de batallas comunes contra el enemigo externo o a favor el nacionalismo y la modernización. El sectarismo, hoy tan de moda, era algo casi del pasado hasta que la funesta operación militar estadounidense en Irak ha sacado el fantasma del armario. Conviene notar, sin embargo, que esta lucha no concierne a todos los países de la región sino que se centra en el temor de los países árabes mayoritariamente sunnitas, alentado desde algunos puntos del círculo más exterior, ante el llamado "creciente chiita"⁹, en el que en realidad lo que preocupa es el ascendiente de Hezbolá y las otras minorías chiitas en los emiratos del Golfo y en la propia Arabia Saudí, y más secundariamente en Siria, donde a pesar de la mayoría sunnita, la cúpula del régimen pertenece a una minoría chiita, aliada de Hezbolá, y del gran poder tradicional chiita, Irán, hoy claramente fortalecido más por los errores ajenos que por aciertos propios. No parece tratarse, pues, de un conflicto islámico, en el sentido de que zonas enteras de la sunna (el Norte de África, Afganistán, Pakistán o el Sudeste Asiático) no participan del conflicto. Tampoco se trata de

⁹ En palabras del rey de Jordania. No es nuevo. El siglo X fue denominado "el siglo chiita" por la ascensión al poder e influencia de miembros de la minoría en puestos clave, sin embargo, entonces no se percibía la amenaza porque entonces, claro está, no había unos EEUU ni había un Israel tratando, cuanto menos, de sacar partido de la "fitna".

un conflicto entre las masas de creyentes, sino que más bien tiene que ver con los regímenes políticos. Salvo en Irak, donde, en todo caso, es obvio que hay una manipulación política de la llamada violencia sectaria, ningún otro país sufre violencia alguna entre sus mayorías y minorías islámicas. Con todo es importante que los llamados regímenes “moderados” (Egipto, Jordania, Arabia Saudí) manifiesten un creciente nerviosismo sobre la supuesta expansión agresiva de la shia.

El problema radica no tanto en la variedad y complejidad de las fuentes del conflicto, como en la falta de soluciones eficaces y duraderas. La única certeza que cabe hoy hacer notar es que las soluciones hasta ahora pensadas, acordadas e incluso aplicadas, aunque haya sido parcialmente, no han funcionado.

En efecto, si nos centramos en el llamado “proceso de paz” -en sí mismo todo un eufemismo-, hay que ser muy optimista -incluso bordeando en muy poco realista- para pretender que ese proceso vaya a funcionar. O quizá sería más exacto decir que no va a llevar a la paz. Porque, de hecho, como proceso funciona, el problema estriba en que sólo funciona como proceso. En otras palabras, el proceso se ha convertido en el fin y no en el medio para el fin; la paz sólo es un objetivo teórico, demasiado elusivo y escurridizo, que casi nadie cree ya se pueda alcanzar; el objetivo es continuar con el proceso, en un ejercicio de control de los daños y de relaciones públicas internacionales. Ello es así por diversas razones y, entre ellas,

-el “establishment” israelí ha dejado de interesarse en la paz. El régimen israelí se ha militarizado, en el sentido de que ha establecido la seguridad como valor superior a la paz o a la mera coexistencia. Prueba de ello es el ominoso muro de separación¹⁰ y las campañas de las fuerzas de defensa israelíes en el territorio palestino ocupado o en El Líbano. Aún más, el Estado de Israel ha

¹⁰ Nótese, por cierto, que los partidarios del “proceso” lo llaman barrera, que es más suave que muro.

perdido su vocación de ser o convertirse en un país de la región de Oriente Medio. Se ha occidentalizado.

-La actual administración estadounidense ha tratado la cuestión con desinterés, si no con desdén, como un problema marginal. A pesar de lo expuesto en el informe Baker -Hamilton, no parece muy dispuesta a elevar el rango de la atención o consideración que le dedica.

-El llamado "cuarteto" no es tal. En realidad es uno solo (Estados Unidos), quizá un dúo (aunque Rusia tiene más pretensiones que poder real), ciertamente no un terceto (porque la política exterior y de defensa común de la Unión Europea no existe) y menos aún un cuarteto (Naciones Unidas no existe *per se*, con independencia de los poderes que la constituyen; su Secretario General no tiene papel alguno que jugar).

-Aunque por el lado de los actores regionales propiamente dichos, los países árabes, sobre todo, no se pueda hablar de desinterés, tampoco cabe afirmar que la paz sea su interés primordial, a no ser que se encuentren en primera línea de fuego. Sin ir más lejos, el enfrentamiento entre Fatah y Hamas en Palestina en esa extraña cohabitación en que desembocaron las elecciones del pasado enero, al margen ahora del apaciguamiento derivado del gobierno de unidad nacional, de su motivación original y de quienes pueden estar interesados en alentarlos, no contribuye precisamente a priorizar la búsqueda de la paz.

-Las condiciones para la paz se establecieron mucho antes de que empezara el proceso, que es un producto del nuevo orden surgido en los 90, precisamente en resoluciones de Naciones Unidas. La mítica 242 sigue siendo la piedra angular de la paz, no del proceso y, de hecho, hasta los más recalcitrantes actores¹¹ lo admiten así. Los países árabes en bloque aceptaron básicamente esa solución en 2002 en la Cumbre de la Liga Árabe en Beirut. Sin embargo, en

¹¹ Recientemente, Hamas.

el clima post 11 de septiembre es quizá demasiado tarde. Por otro lado, los problemas se han ido haciendo más complejos y el paso del tiempo ha cimentado posiciones. No obstante, la doctrina "clásica" en la materia de Naciones Unidas sobre las fronteras y sobre Jerusalén sigue siendo una base sólida, como solución de repliegue pero también como objetivo más próximo a lo que podría constituir una solución constructiva y no destructiva o indiferente, en suma una no-solución. Teóricas soluciones del tipo "hoja de ruta" no parece que vayan a funcionar.

En fin, mientras el énfasis se siga poniendo en el proceso - reconducción/revitalización/relanzamiento o cualquier terminología que se quiera utilizar- es difícil que se pueda llegar a una solución aceptable y duradera, por no mencionar la palabra paz, que con su implicación esencial de justicia, resulta una aspiración tan lamentablemente lejana en estos momentos. En todo caso parece necesario, aunque cabe discutir que sea suficiente, volver al objetivo original y primordial, a saber buscar una solución y no quedarse en un proceso. El lastre del enfoque securitario, y por qué no decirlo, el cinismo/desesperanza acumulados en décadas de fracaso, pesa de una forma clara. Cambiar de actitud no es sólo, sin embargo, una cuestión de altruismo, sino de interés de todos, absolutamente todos.

Una dimensión que, creo, se encuentra no suficientemente explorada en la búsqueda de la paz es la del elemento espiritual. Sin duda, en el contexto occidental, más bien europeo, la dimensión espiritual en general, no ya aplicada a Oriente Medio, es una dimensión infravalorada, cuando no ignorada. Sin embargo, el conflicto en Oriente Medio tiene una parte religiosa. La ortodoxia internacional consiste en desligar cualquier dimensión de este carácter, pero dado que la ortodoxia no funciona, ¿por qué ser tan racionalistas? Al fin y al cabo el racionalismo extremo no es sino otra forma de fundamentalismo...Un ejemplo: Jerusalén. La verdad es que la internacionalización de la ciudad es la única solución viable y razonable. No estaría de más una discusión abierta entre personas cualificadas y religiosas sobre la cuestión de la capitalidad de

Jerusalén. De hecho, desde el punto de vista islámico, no hay tradición alguna que apoye la idea de convertir una ciudad santa en capital de un estado laico; lo mismo desde el punto de vista ortodoxo del judaísmo, mezclar la santidad con la temporalidad del Estado de Israel es casi una blasfemia.

Hasta aquí el conflicto esencial. Un análisis conflicto por conflicto no constituye el objetivo de este trabajo preliminar. Habría que desgranar uno por uno, desde el del Líbano (que en gran parte participa del núcleo esencial nuclear pero tiene sus peculiaridades), hasta Afganistán, pasando por el avispero de Irak. En última instancia hay un conflicto que los envuelve a todos. La llamada guerra contra el terror.

5-El círculo más remoto; la internacionalización

Se podría argumentar que siempre ha habido una internacionalización de los conflictos en Oriente Medio, empezando por las cruzadas. Sin embargo, creo que hay que establecer una distinción entre las incursiones/invasiones/colonizaciones/guerras de frontera que la historia registra y que muestran el espíritu expansivo de Occidente -no necesariamente entendido sólo en un sentido negativo- y la situación actual en que el Occidente se ve involucrado, por razones de seguridad principalmente, en la problemática y los conflictos de la región, lo quiera o no lo quiera. La vulnerabilidad de Occidente, una lección que se ha asimilado con asombro y con amargura tras el 11 de septiembre de una forma generalizada, es doble: política (terrorismo, la amenaza del caos y el "fallo" de los estados) y económica (suministro de energía). Es ahora, en la actualidad del siglo XXI cuando se puede hablar en sentido estricto de internacionalización de la cuestión de Oriente Medio.

La actitud occidental, su respuesta a esta internacionalización forzosa y dolorosa, ha sido, del lado de su único hegemon, la declaración de una "guerra contra el terror" de carácter prácticamente universal, aunque, en realidad confinada al amplio espacio que va del Magreb (aunque en algunos discursos

asciende la frontera ¡Al Andalus!) a la más remota de la miríada de islas que componen Indonesia. De nuevo, el enfoque es estrictamente securitario y la opción predominantemente militarista. En su primera manifestación, Afganistán, aunque la situación diste mucho de no ya resolverse -lo cual, francamente, es quimérico-, sino de mejorar siquiera, pero al menos Occidente actuó como un bloque. Sin embargo, las heridas abiertas en el escenario de Naciones Unidas en los agónicos meses que precedieron el inicio de la campaña militar en Irak escindieron el campo occidental, en su peor crisis transatlántica desde el inicio de la guerra fría, lo que consolidó el grupo de la coalición de los voluntarios y su núcleo duro (EEUU, RU e Israel). Ese núcleo amplió su teatro de operaciones de Irak al Líbano en 2006. Ninguna de las campañas ha salido, sin embargo, como el núcleo pretendía. Antes bien, la situación de por sí ya compleja ha empeorado y las aspiraciones securitarias del núcleo duro y de los demás países occidentales no se han colmado. Tampoco otros países occidentales han actuado positivamente: la mayoría se han quedado de lado, han contribuido simbólicamente, o han casi perjudicado también simbólicamente.¹²

El enfoque es obviamente equivocado y la estrategia incompleta. El tema del terrorismo es un asunto espinoso. Su combate requiere sin duda medidas de fuerza -en eso no hay que ser timorato-, pero no sólo esas medidas. Al fenómeno del terror en y por grupos de la región de Oriente Medio, se une el fenómeno llamado de "terrorismo crecido en casa" (homegrown), que es una especie de quinta columna que los países occidentales están empezando a experimentar con sus propios ciudadanos, de segunda o tercera generación de inmigrantes que no son o no se sienten parte en el confort y la opulencia de sus propias sociedades "multiculturales" y que amenaza con desequilibrar la balanza libertad-seguridad.

El terror en la región no parece que pueda interpretarse, a pesar del deseo de los neoconservadores y afines, como un solo movimiento, con una sola agenda

¹² La actitud franco-alemana en Irak por ejemplo fue digna de Pilates. La UE sigue con sus declaraciones...

y una sola causa. No es sólo Al Qaida y Al Qaida no es sólo una. No es el extremismo islámico sólo y hay muchas formas de extremismo. No es sólo el conflicto esencial ni otros conflictos, también es el régimen saudí y sus conexiones con Occidente. Tampoco se puede ignorar que los métodos represivos y la asfixia generalizada de las sociedades sometidas a dictaduras, algunas en los regímenes "moderados" que tanto gustan a Occidente, convierten a simples radicales en criminales sin escrúpulos. No creo, sin embargo, que el terror en esa región esté conectado con el desarrollo económico o la falta del mismo. Sí puede estarlo en Occidente, vinculado a la inmigración, pero las sociedades de Oriente Medio no son, desde el punto de vista de la distribución de la riqueza ni mucho menos tan desiguales como las de América Latina, por ejemplo. Aunque sí existe una masa enorme de hombres jóvenes sin perspectivas ni esperanzas en los que la motivación económica puede pesar. Con todo, es una cuestión más ideológica y política que económica.

Lo que nos devuelve al tema del desarrollo de la educación, la sociedad civil, la libertad, es decir, el papel de la FPSC, y el fomento del entendimiento en un proceso de reflexión y de intercambio de puntos de vista diferentes, pero que pueden y deben encauzarse por la vía de del discurso racional y de la dimensión espiritual, es decir, el papel del CEMOFPSC.